

REVISTA CAFETERA DE COLOMBIA

ORGANO DE LA FEDERACION NACIONAL DE CAFETEROS

DIRECTOR: EL GERENTE DE LA FEDERACION

Volumen VIII

Bogotá, Colombia, marzo de 1945

No. 112

EL PROBLEMA DEL CAFE

Por Augusto RAMIREZ MORENO

Mientras los precios suben —los de todas las cosas, las nacionales y las importadas— la industria básica de catorce pueblos americanos, la producción de café, a la cual está ligado el bienestar de cien millones de personas, se gobierna por un estipendio que no avanza.

Quien produce café se arruina con el precio estacionario y el peón siente que al soplo de la anemia, la sangre se le paraliza como los jornales. Y esto ocurre en América, en el Continente Solidario, Religioso y Libre, en esta tierra de Humanidad.

Desde este semanario de fama americana, un oscuro demócrata sin debilidades, un férvido amigo de los Estados Unidos, sin la autoridad de sus servicios, pero con la energía de sus esperanzas de perpetua colaboración interamericana, quiere hablar el descarnado idioma que no pueden emplear ni los congresos cafeteros ni el gobierno.

Soy urfo entre millones. Ni produzco café, ni lo negocio; soy su hereje, por así decirlo, yo que bebo té; pero comprendo que vivo del café y que debo personificar a quienes lo producen y se sienten esclavos de quien tiene dinero para imponer los precios.

Creo que es preciso ensayarlo. Puede una voz humilde, desde las páginas de un semanario prestigioso y honrado, plantear a la opinión de las gentes del norte, el lacerante problema de catorce naciones que producen café? Quiero someter la democracia, su libertad y su justicia, a una prueba suprema y extraña.

El precio de ese fruto ha logrado el relieve de un complejo problema continental.

En mi reciente viaje a los Estados Unidos, hice observaciones que necesito incluir en esta oración por el café, en este rudo alegato dirigido a la opinión norte-americana.

Nuestra formidable hermana sajona tiene el alma niña, multiforme, creadora y volcánica, socialmente férvida y políticamente despreocupada. Cualquier colombiano sabe más de los hombres de Estados Unidos que el hombre medio de ese país. Las virtudes mayores del norte-americano, son su coraje, su gusto del juego limpio, su sed de justicia, su pasión por la libertad, su filantropía desbordada, su mágica sencillez. Sus defectos más grandes, son su orgullo y la ignorancia del mundo externo.

La falta de curiosidad política es injustificable; su vanidad se explica por las dimensiones del medio en que le toca actuar, por la abundancia apocalíptica de la riqueza, por la heroica hermosura de su gente, por esa producción en masa de libertadores que ahora redimen al mundo del brutal orden totalitario que es el desajuste de las almas.

La clase gobernante es de cultura multivaria, está informada con exactitud, su inspiración es generosa y cree con firmeza en que "Las Américas unidas, unidas vencerán". Pero esa clase gobernante se paraliza, se inhibe, ante la opinión pública que es tan exigente y vanidosa como ciega en lo que concierne a las repúblicas latinas. Para esa opinión, sólo existen los Estados Unidos; ella desconoce estos pueblos, su historia, sus ancestrales impulsos, las leyes tormentosas de su política, su presente y su porvenir económico; peor que todo eso —y aun cuando, como queda escrito, su clase gobernante es cordial, e ilustra

da sobre lo que valemos— la opinión pública que la mantiene encadenada, no sólo no se preocupa por el sistema de las relaciones interamericanas, mas lo cree inútil. En los países totalitarios el gobierno atemoriza a la opinión; en los Estados Unidos la opinión tiraniza al gobernante.

La política del buen vecino, carece de sentido para el hombre medio de los Estados Unidos. Cualquiera analfabeto desde México hasta Chile, sabe en qué consiste esa política, conoce su origen, presiente con claridad sus consecuencias, razona sus ventajas. En el banquete que me ofreció en New-York el coordinador de asuntos interamericanos, expuse con franqueza cómo es ingente y ardua la obra de enseñar a la opinión más atrasada y vanidosa y sorda del hemisferio, lo que concierne a la vida de relación de estas naciones.

Los Estados Unidos tienen el tipo de periodista más franco, más insobornable y puro de que haya ejemplo; pero esos rectores naturales de la opinión no creen en que valga mucho nuestro aporte moral en la faena de construir el mundo atormentado del futuro; nuestras economías les parecen despreciables; el nivel de vida de nuestros peones y obreros lo creen justo.

Para quienes como yo saben que el continente no se inclina a la fragmentación y diferenciación, sino que tiende a la unificación y a la composición; quienes estamos dispuestos a servir bajo la divisa "América, una sola patria", tenemos el deber previo de advertir fraternalmente a la opinión pública de los Estados Unidos que ella es el mayor obstáculo que nos ofrece el porvenir. Esa opinión no es imperialista, sino ignorante y orgullosa, egocéntrica y temerariamente segura de sí propia. Ella ejerce sobre los gobernantes un despotismo que honra a éstos pero no a aquélla.

La primera advertencia que debemos formular a nuestros poderosos hermanos sajones, es la de que ellos no son toda la América, sino la parte más prestigiosa, civilizada y rica de América.

La segunda advertencia, es la de que en los concilios de la paz, los Estados Unidos estarán solos ante la contradicción de China y Francia y ante la triple contradicción económica, intelectual y política de Rusia.

La tercera advertencia, es la de que en la misma forma que nos han necesitado en la guerra, nos necesitarán en la paz.

La cuarta advertencia, es la de que estamos dispuestos a servir en la paz, tanto como en la guerra, con pureza de espíritu y voluntad fraterna.

La quinta advertencia, es la de que la dignidad de los pueblos es más importante que la dignidad de los individuos.

La sexta advertencia, es la de que la dignidad de las naciones se forma de la acumulada dignidad de las personas, emancipadas de la injusticia, del miedo, del odio, de la explotación y del hambre.

Los Estados Unidos, por impulso incontrastable de su opinión unánime, han salido en guerra contra el despotismo; y no hay tiranía más irritante que la del que tiene dinero sobre el hombre que lo necesita. La dignidad nacional de estos países, exige la dignidad de sus productores agrícolas, de sus peones y de sus obreros, que tiene como necesario supuesto la abolición de las enfermedades, del analfabetismo y del hambre. Libertar a nuestras masas de esos flagelos, es un triple negocio militar, económico y político para los Estados Unidos.

Militar, porque los brasileros prueban con hierro y sangre, en Italia devastada, que ya se iniciaron las guerras entre continentes.

Económico, porque el aumento de nuestra capacidad de compra, es negocio neto para los empresarios y trabajadores de los Estados Unidos.

Político, porque en vez de aplicar enormes cantidades de dinero a propagandas de emergencia entre nosotros, para conseguir, no nuestra simpatía que ya tienen ganada, sino nuestro eficaz apoyo, esa propaganda va implícita en una actitud liberal ante los desesperados problemas de nuestra incipiente economía. Frente al vigor económico de los consumidores estadounidenses, esos problemas que nos exasperan, son remediables y pequeños.

La única amenaza grave para los Estados Unidos, sólo puede tener asiento en este hemisferio, y si los Estados Unidos quieren blindarse ante el futuro, deben tartarnos más que como a iguales, como a aliados, que es el tratamiento que les otorgamos.

Un pueblo de libres como el de los Estados Unidos, no puede imponerle a los productores de estos pueblos libres, precios que son humillantes, porque representan la ventaja que les da la riqueza sobre nuestra miseria.

Queda probado que la erogación aumentada del consumidor norte-americano, tiene compensaciones decisivas en todos los terrenos.

El café ha sido un laborioso trabajador en el campo político, en el económico, en el intelectual, en el social, en el guerrero. El soldado de Normandía y el de Saipán, le deben algo de su ímpetu, le refrescó la sangre en la manigua y lo abrigó cuando el frío quiso paralizarlo con su manto. El café amasa el pan de millares de familias pobres de los Estados Unidos y la fortuna de sus magnates; no ha sido húsar de la muerte como la marihuana o el acero, sino un amigo de los intelectuales y de los rústicos; de los poderosos y de sus empleados; ha sido estribo para el inseguro pie de nuestros pueblos; es un acudiente que no podemos abandonar en su hora de prueba, y, por eso, exigimos que lo paguen mejor, con el título de guardia de leales para los Estados Unidos, de indispensable reserva de generosos aliados.

Si se niegan a comprarnos café, desfallecemos; si nos compran, tenemos que vender por el precio que nos impongan. Andan guerreando, libertando y ciraneando por toda la faz hermosa de la tierra, pero se complacen haciéndonos sentir el vasallaje imponente a que nuestra economía está sujeta. Sin cólera, pero sin atenuantes, planteamos esa contradicción a nuestros hermanos sajones.

Que memoren cómo al comienzo del pacto de cuotas, se nos fijó arbitrariamente un cupo que resultaba mezquino para nuestras cosechas y que pedimos que se ampliara. A ello se negó el gobierno de los Estados Unidos, tiranizado por la opinión nacional. Pero ocurre que el soldado quiere buen café abundante y que hoy el soldado impera sobre la opinión pública.

Entonces, lo que habíamos pedido con tan excelentes razones y se nos había negado —el aumento de las cuotas— nos fue impuesto por los Estados Unidos. El café

es indispensable, no sólo para el americano medio, mas también para los diez millones de guerreros de sus flotas y ejércitos. ¿Por qué, con su actitud inamistosa con los catorce países productores, impone a todos el pensamiento de que sería posible sacrificarse por dos años, mandar al diablo el tráfico marítimo, morir un poco, y probarle a los Estados Unidos que también somos necesarios?

Ciertamente no haremos tal cosa, porque ella es contraria a la política de buena vecindad que sustentamos con robusto ahínco; pero basta con formular la hipótesis, para que se vea que no es impotencia teórica, sino deliberado espíritu amistoso, lo que nos hace aparecer en actitud desairada de vasallos. Y de aquí se desprende, para fortuna nuestra, que la política del buen vecino, se practica más totalmente por la América Latina que por la América Sajona. Los libertadores del mundo, deben empezar libertando a sus hermanos y aliados del yugo de la miseria, mediante el breve sacrificio de unos millones que nada representan en la rauda marcha de la finanza americana.

Nadie tiene en Colombia más merecida reputación que yo, de servidor apasionado de la política de solidaridad americana. Cuando nadie creía en el triunfo aliado, sustenté esa causa sin que me importara el desastre. Rehice los cauces rotos de la tradición conservadora, para que allí corriera de nuevo, en ágil vena, la política de cooperación con la Casa Blanca.

Sólo y desacreditado políticamente, por esa actitud, persistí en la brega. Con estos títulos, reconocidos generosamente en Washington, presento este alegato. No podemos ser aliados, sino de quienes nos traten como aliados y no podemos corroborar con nuestra impotencia económica que los Estados Unidos pueden libertar a Tailandia, pero son incapaces de romper la cadena económica que nos canta duramente en el martirizado tobillo que somos vasallos económicos.

Piense el honrado ciudadano de los Estados Unidos en la vida que llevan nuestros labradores; mediten en sus necesidades, afanes y dolores. No es la suya una atmósfera de refinamientos deleitosos. La palabra

COMODIDAD, carece de sentido para ellos y la enfermedad es su fiel compañera.

Ni fábricas esculturales que ahijen su soberbia y consoliden su ambición; ni la belleza, suntuosamente ataviada, de la sublime bestia humana, festeja sus ojos, conmueve su corazón y estimula su inteligencia; ni las cosas bruñidas por el genio del hombre en su lucha con el enigma; ni la religión coronada de cúpulas majestuosas. ¡No! El ámbito desnudo sobre la penumbra malsana en que se desgonzan los granos purpúreos.

Nuestros labradores no van a Dios desde las basílicas que se precipitan sobre el cielo, ni aprisionados por la red escalofriante y divina de la música gregoriana que resuena en los órganos catedralicios. Nuestros labradores no captan el sagrado origen de la belleza y del alma en los museos

hieráticos, cansados bajo la pesadumbre de un resumen de siglos.

No advierten nuestros labradores la solidaridad de la especie en los torrentes que se precipitan en las avenidas egregias, ni en las instituciones pías, ni en las academias esclarecidas, ni en las faenas bienhechoras de la filantropía. Para los trabajadores de Latino-América, la solidaridad humana es una voz turbia que les viene del caos palpitante de una sociedad sin merced, es una mezquinería del alma, una invitación a la revuelta, una cólera sorda.

Queremos que por su sentido de Dios y por su gusto de la solidaridad humana, nuestros labradores no captan el sagrado oribios descendientes de Washington y Lincoln, a los compatriotas de Roosevelt inmortal.

(De "Sábado").

EL USO RACIONAL DEL SUELO

Por JOSE SETZER,

Asistente auxiliar de la Sección de suelos del Instituto Agronómico del Estado de Sao Paulo.

EL CULTIVO DEBE SER ADECUADO AL SUELO

Uno de los principales defectos de la explotación agrícola del Estado, es la poca atención que se presta a la cuestión de ver si un suelo es apropiado o no para cierto cultivo.

Nuestro labrador sabe que cada tipo de suelo produce ciertos cultivos de preferencia a otros. Sabe también que cada cultivo prefiere cierta distribución de lluvias y cierta situación topográfica. La cuestión muy importante relativa a las plagas y su combate, no se olvida.

Pero su pensamiento parece dominarlo la escogencia de su cultivo, al que decide aplicar todo su esfuerzo y todo el suelo. El espera un lucro de ese cultivo. Por esto él selecciona uno que le "dé", que "esté de mo-

da", cuyo producto por el momento tenga un alto costo en el mercado.

Diversas consecuencias pueden provenir de esta sumisión del buen sentido a las ganancias, entre ellas el monocultivo, una falta de amor por la tierra o un mal conocimiento de su oficio, dando como resultado final un bajo rendimiento de las cosechas y la ruina del suelo.

En la época, en la que el café "estaba dando", se sembraron grandes cafetales en suelos impropios: ácidos, muy arenosos, secos o de baja porosidad. Basta uno de estos defectos del suelo, para que el café no crezca bien, o no dé buena producción y sea, por tanto, más racional usar el suelo con otro cultivo. Es claro que estando presentes los 4 defectos mencionados la solución sería dedicar ese suelo a la siembra de pasto o a la reforestación.

Pero muchos agricultores sembraron café en grandes extensiones de suelos con uno o dos de los defectos ya mencionados, únicamente porque consideraron imprescindible el dejar de sembrar café, ya que él "estaba dando".

SUMARIO GENERAL

	Págs.
Caída de los frutos del cafeto	3133
Estudio de la biología general del suelo, basado en comparaciones fisiológicas entre organismos vegetal y animal	3136
Viaje de estudio sobre erosión a los Estados Unidos de Norte América	3148
Breve historia del servicio de conservación del suelo, en los Estados Unidos de Norte América	3149
La Guayaba	3166
Discurso de clausura de la IV Conferencia Panamericana del Café, pronunciado por el doctor Adán Uribe Restrepo, Jefe de la Delegación de Colombia	3169
IV Conferencia Panamericana del Café	3171
LEGISLACION. — Resolución Nº 1188 de 1945, por la cual se da una autorización a los Administradores de Aduanas	3175
Decreto Nº 2873 de 1945, por el cual se promulga el modelo de contrato presuntivo de aparcería, de que habla la Ley 100 de 1944	3176
Decreto Nº 731 de 1945, por el cual se reglamenta la exportación del café	3178
Ley 23 de 1945, por la cual se dictan unas disposiciones en relación con el impuesto sobre la renta de la industria ganadera	3179
Decreto Nº 345 de 1946, por el cual se reglamenta la Ley 23 de 1945	3180
Decreto Nº 568 de 1946, por el cual se dictan unas disposiciones sobre cambios internacionales, importaciones y exportaciones	3184
Lista de Delegados al XV Congreso Nacional de Cafeteros	3188
Discurso pronunciado por el señor Ministro de la Economía Nacional, doctor José Luis López, al instalar las sesiones del XV Congreso Nacional de Cafeteros	3189
Lista de Comisiones del XV Congreso Nacional de Cafeteros	3191
Las labores del XV Congreso Nacional de Cafeteros, Acuerdos, Resoluciones y Proposiciones	3192
Comunicación del señor Presidente de la República al Congreso Cafetero, sobre asuntos sociales	3216
Resolución Nº 47 de 1946, por la cual se aprueban las reformas introducidas a los estatutos de una asociación	3217